

## ENSAYO SOBRE LA GRANDEZA MORAL DE MITRE

A Julio Piquet, en amistad y  
simpatía.

De todas las bellas artes, aquellas que más nos conmueven a través del tiempo, en cuanto al hombre se refiere, son la escultura y la pintura, porque sirven como ninguna a perpetuar la personalidad humana. Así la biografía de un espíritu genial y superior nos lo trae cerca nuestro, como un tibio rayo de sol en un día sereno de invierno.

Mitre ha vivido entre nosotros; pocos serán aquellos a quienes no haya llegado el eco de su soberano patriotismo, no le haya admirado a través de las claras y límpidas páginas de su historia de San Martín o de Belgrano o seguido con atención su actitud frente a los acontecimientos importantes de su país. Hasta el momento de su muerte, tan tranquila y circunspecta como lo fué su vida, su nombre llenaba el ambiente; su personalidad se cernía por sobre la de todos los hombres de su época.

De esta suerte los hechos culminantes que le atrajeron esta majestad ciudadana, están en la memoria de todo argentino de verdad. No insistiremos en ellos, pero sí nos remontaremos a la facultad maestra de este héroe, que en todo momento revela las condiciones de un jefe nato. ¡Es ello, su extraordinario don de mando, su cultura intelectual superior, su tenacidad laboriosa, su abnegación exenta de sensiblería, la fuente

inagotable de su patriotismo, el estoicismo de su carácter, su facultad de frío raciocinio? No es ninguno de estos atributos, tomados aisladamente, sino su íntima unión en un principio del que todos ellos derivan: la grandeza moral. Esa es la fuente de todas las acciones que sirven de guía segura a la conducta del prócer, y que le induce a proceder siempre de acuerdo con los más altos preceptos de humanidad, de justicia para todo tiempo y de caballerosidad en todos los momentos de la existencia.

Cambian los tiempos heroicos en que nació y se educó Mitre. empequeñécese la talla de varones ilustres, tórnase la política más posibilista a medida que los intereses comerciales van tomando más auge, pero, hay alguien en la nación que permanece idéntico a su origen: fuerte, sereno, sensato, avizor y magnánimo: —ese es Bartolomé Mitre. Ni la victoria militar, ni el éxito político; la adversidad o la derrota; la fortuna como la pobreza, no han alterado el molde augusto en que se ha vaciado su alma, gemela de los San Martín y de los Belgrano y toda la pléyade de notables que dieron a la nación Argentina, una democracia progresista por destino.

En la época de la Revolución de Mayo y en las guerras de la independencia que le siguieron, existen tantos hombres preclaros que parece una era de elegidos. Después de ello, en la época de transición al período moderno, cada día son menos los próceres cuyo pecho esté dispuesto a latir únicamente con el bendito corazón del pueblo. Es en este preciso momento que llega Mitre, como para sostener, casi solo, toda esa magnífica herencia, legada por los emancipadores del yugo europeo y los creadores de una nueva entidad soberana.

Alrededor del héroe podrán nacer y desenvolverse los más envidiables talentos, espíritus realmente su-

periores por la inteligencia literaria, la espiritualidad y la gracia donosa de su verba o enérgicos y nobles caracteres, mas no alcanzarán con ninguna de estas condiciones a superar la persona del General, todo mesura, todo ponderación, certero en sus vistas sobre el porvenir, consecuente consigo mismo. Hombres podrán sustituirle en el gobierno o deshacer sus planes, pero tarde o temprano volverán a ellos, no por hacerle, a buen segur, un homenaje a su intuición intelectual, sino porque son los más viables, justos y duraderos.

En todo país, en que va a sobrevenir, por efecto de la extraordinaria riqueza acumulada y prosperidad comercial jamás detenida, un debilitamiento del carácter moral y de sus bellos frutos: la sinceridad, la consecuencia, el desinterés y la gratitud: —aparecen estos hombres como Mitre para afirmar, de una manera incontrovertible, de que, sin la cultura básica de los sentimientos morales no es ni soñable siquiera la continuidad del esfuerzo humano ni la organización permanente de la familia.

Mientras el cosmopolitismo irremediable de una sociedad en formación ha ido borrando el carácter típico, patriarcal de la antigua sociedad porteña, en que tan armoniosamente aunaban la cultura del espíritu, la afabilidad en las maneras, la tierna gracia del puro corazón, la elegancia instintiva y el señorío en las costumbres y en el manejo de los bienes, la vida diaria del General, desarrollada en su modesta mansión de la calle San Martín, ofrecíase como un ejemplo de aquellos hermosos días de acrisolado argentinismo o porteñismo, como se le suele llamar a ese conjunto de amables, nobles y desenvueltas maneras de ser del argentino de tradición y de abolengo.

Todo ello fija de la grandeza moral, o, si se quiere explicarlo mejor, de ese consorcio de emociones y de

sentimientos que hace a un hombre rey de sí mismo y soberano domador de sus impulsos y bajos instintos, revelándose así como algo único e íntegro a los demás. Esa magnanimidad es un llamado constante al hombre que hay en nosotros, a ese noble producto de la razón, del sentimiento y del contralor de sí mismo, obtenido en la historia, y cada cual sabe a precio de qué luchas contra la bestia cuyo cubil está tan cerca del aposento donde vive el alma.

Esa facultad magistral habíale sugerido, qué duda cabe, a nuestro héroe, que la manera más grande y ética de vivir, la más completa y cabe el Divino Corazón, consiste en entregar a alguien, o en su ausencia a una gran causa, nuestro corazón todo entero y sacrificarse por él. Después de servir a la nación boliviana, en su carácter de militar, fueron requeridos sus servicios por un partido revolucionario. Era declararlo "*condottiere*" del tiempo del Renacimiento, en que los valientes vendían su pericia y su audacia al mejor postor. Mitre rehusó, por supuesto, en ese lenguaje sobrio y lapidario que es como el engarce de la grandeza moral: "He tomado parte en la rebelión como un huésped que acude a apagar el incendio de la casa donde vive, pero desde que la guerra toma un carácter civil, no quiero hacer el papel de aventurero y me retiro".

En epístola dirigida a don Andrés Lamas, en 1848, dícele al final, cual si quisiera resumir la filosofía de su vida: "En todas estas alternativas de buena y mala fortuna, jamás me he sentido abatido y, lo que es más, he salido de todas ellas con la conciencia tranquila y la frente limpia".

Esta elevación de ideas y de conducta condujeron a su heroico sustentador a la amarga pena de vivir durante largos años alejado de su patria y de su familia.

¡Cuán cierto resulta que en la ciencia moral sólo es verdadero lo que se alcanza con el sacrificio!

Era en 1860, cuando después de celebrarse la unión de todos los argentinos, que Mitre retribuyó la visita que le hicieran anteriormente el Presidente Derqui y el general Urquiza. Queriendo sellar el General, como era su costumbre, con algún acto o frase que manifestasen esa grandeza de ánimo que tan bien lo caracteriza, entregó a al Presidente general saliente su bastón de Gobernador de Buenos Aires, con estas palabras: "Gracias a vuestro patriotismo y magnanimidad, la provincia de Buenos Aires es parte integrante de la República, su Gobernador no poseerá más el bastón que señala la época de la segregación. Os toca conservar esta prenda de seguridad como una conquista que habéis hecho".

La grandeza moral perdona, disculpa y une.

La tan debatida guerra del Paraguay, ciñó otro lauro a la frente del varón consular, por la humanidad con los vencidos, el respeto de la propiedad en tierra enemiga y la cordura con que ajustó las condiciones de paz, condiciones más tarde malogradas por las rencillas de los amigos y ambiciones desenfrenadas de los políticos.

En el frenesí del triunfo, si es permitido calificar así el estado de ánimo de Mitre en este momento, pudieron haberle inducido, siguiendo el clamoreo del odio que rodeaba a la persona de Urquiza, haberle aniquilado por completo, enviándole, como a Rosas, a morir en el destierro. Ni aún Sarmiento guarda la compostura que cuadra a su talento superior. Sólo Mitre se mantiene ecuaníme; y cual atisbando el porvenir histórico, sin entregarse a la exageración del odio o de la crítica, contestata a toda esta tempestad de rencores con una sentencia muy propia de la grandeza inmarcesible de su alma: "No he triunfado para ultimar, sino

para liberar hermanos y llamarlos a colaborar en la comunidad argentina, bajo las formas del gobierno popular y libre”.

La primera belleza de la vida es ella misma.

La nación que se aparta de las mezquindades de la política y de sus juicios temerarios, vive si produce, produce si se consagra al trabajo, libre de rencores y prejuicios, y trabaja si sus fuerzas activas se ordenan y se orientan en vista de una finalidad: vivir con dignidad.

Ello se me hace la sustancia del mensaje que debía transmitir el 25 de Mayo de 1862 el general Mitre, al primer Congreso Nacional Argentino, en que estaban representadas las catorce provincias.

En ocasión que no se avaloraba debidamente el esfuerzo del soldado brasileño, salió el general de su habitual silencio, que guardaba siempre cuando se trataba de secretos de Estado o cuestiones delicadas que pudieran perturbar la buena armonía entre los pueblos, para defenderle, pues la causa aliada no había sido para él tan sólo un convenio militar, sino un pacto moral, con el cual había de solidarizarse en todo momento. Así se lo hacía saber en forma clara y precisa a su contrincante Juan Carlos Gómez: “si gloria hay en combatir la tiranía, de esa gloria participan los aliados. Si la gloria se conquistó en los combates, esa gloria es de todos los que contribuyeron a ella”.

Con esa nítida visión del genio, Mitre se anticipó en algunos lustros a la glorificación del héroe anónimo. Cuando era más álgida la desarmonía entre el Gobierno Imperial del Brasil y el republicano de la Argentina, respecto al arreglo de los límites del Paraguay, Mitre, inspirándose en su noble y humano patriotismo, en su ecuanimidad, en su condición de ser intensamente moral, eleva su voz, por encima de la contienda, denuncia “la política atrasada, egoísta, doble, mezqui-

na y peligrosa", que, como heredero de la tradición lusitana va a poner en práctica el Brasil, contrariando, según su acendrada convicción, la propia conciencia del Brasil moderno. Mitre no habla aquí como patrioter; quiere defender al propio Brasil contra su error de aislarse en el continente. A través de los años venideros, vemos hasta qué punto era sabia la política cordial de este estadista, que siempre fué partidario de la alianza, que, en su propio decir, era la paz y amistad con los limítrofes, consultando los intereses recíprocos de los pueblos y el cumplimiento de las leyes de la civilización, que se condensan en estas palabras del libro sagrado: "Muy sano es que busquemos la paz y la guardemos". De esta suerte, nuevamente, el insigne militar tornóse el pacificador de pueblos y de almas turbulentas...

Muchos años han pasado y ya nadie discute la majestad que imprime a sus actos la larga y grandiosa actuación. Era allá por los años de 1893 y 1898 el período más difícil y peligroso de nuestras relaciones con Chile. Cuando ya nada parece detener a los dos pueblos más maduros de la América Latina, pues acampaban los ejércitos a uno y otro lado de los Andes y permanecían prontas a entrar en combate sus respectivas escuadras, entró como factor de importancia decisiva en la ingrata y sórdida lucha, la grandeza moral de Mitre.

Aprovechando de su invariable amistad con los hombres más notables y eminentes de Chile y la admiración y el respeto y la confianza en que éstos le tenían, puso todo el fiel de la balanza de su influencia para el mantenimiento de la paz con Chile.

Fué Mitre, como ya en otras ocasiones, el verdadero vencedor pacífico de una contienda que hubiese sido sin idealidad ni propósito civilizador.

Esta actuación fué su canto del cisne a la política in-

ternacional. Ya pacificada la República no le quedaba más rol para su diplomacia de paz y de justicia. Esas ideas habían de fecundar sus escritos en todo momento.

El mejor modo de persuadir a los pueblos al bien, es convencerlos que la belleza de la vida está en su armonía.

Los últimos años del gran hombre fueron una plática en ese sentido.

¡A cuántos ha llamado a las alturas de paz, de serenidad y sabiduría el atardecer de este sabio del vivir! Su ejemplo augusto y bello, la sensación de una divina presencia en su torno, nos levantan hacia él y tal es el anhelo que pone esta vida en nuestra alma de parecersele y volvernos nosotros a nuestra vez, tan ennoblecidos como él por el esfuerzo y la virtud.

ALBERTO NIN FRÍAS.